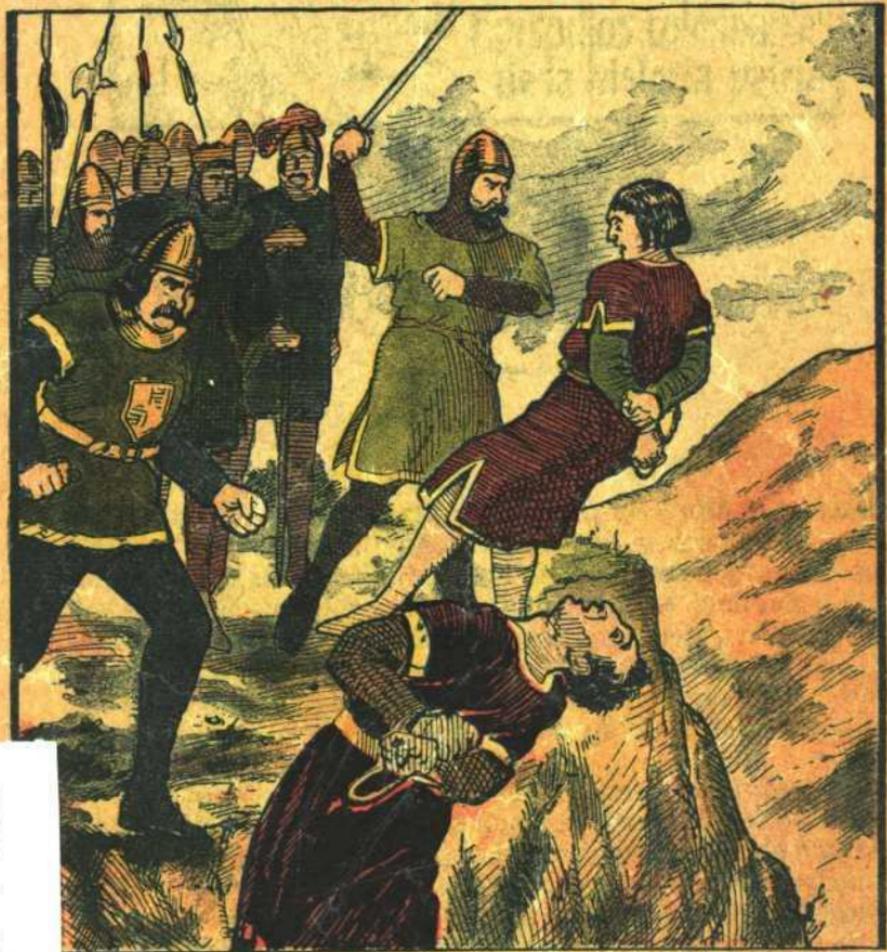




ESPAÑA GLORIOSA

EPISODIOS CULMINANTES
DE LA HISTORIA PATRIA

FERNANDO IV EL EMPLAZADO
O LOS HERMANOS CARVAJALES



JT - F 1898

20 CTS.

LIBRARY OF THE
BIBLIOTECA
MUSEO HISTORICO
NACIONAL



R. 160603

t. 1260855

c. 71698448



Fernando IV, el Emplazado

I

El hijo de doña María de Molina, ascendió al trono de Castilla a los diecisiete años, tras larga y desacertada regencia de su tío don Enrique, el cual no causó grandes daños en sus desmedidas ansias de oro, que le inclinaron distintas veces a planear convenios vergonzosos, por el mucho celo que tuvo la reina viuda de que el legado de su hijo antes acreciese que amenguase y también por el decidido apoyo que le prestaron los nobles, quienes detestaban al regente por su infame condición.

Fué aquella, época de grandes acontecimientos y gloriosas batallas, de tal suerte que don Fernando, al pisar las gradas del trono, hallábase rodeado de una Corte de hábiles intrigantes, que tejían la urdimbre, acaso de su destronamiento, entre los cuales figuraba su tío don Juan, infante de Castilla, que volvió a reconciliarse con sus deudos des-

pués de cometer los más estupendos desatinos, por no decir cobardías y traiciones.

Era don Juan, a fuer de palaciego ambicioso, hipócrita y lisonjero; de modo que supo granjearse la bienquerencia del rey hasta el punto de lograr destituir a don Enrique del alto cargo palatino que ostentaba para concedérselo así mismo.

Esto demuestra que don Fernando era asaz confiado y que obedecía casi siempre a las indicaciones de quien supiese tener sobre él privanza autoritaria.

Tenía el rey veintidós años, escasamente, y en la intimidad gustaba de la expansión juvenil; pero no con personas sesudas como los más palaciegos ni con jóvenes envejecidos por la ambición, que tal eran, simplemente, los pocos que en la corte había. El deseaba uno de su edad y de sano temperamento que hablara de amoríos, que se riera con él por tonterías, que no platicase de política con preconcebida intención sino de las fiestas y los caballos con abierta franqueza...

Este ejemplar de juventud, muy raro en los palaciegos de reyes, hallólo, por su dicha, en el linaje de los Benavides. Era Augusto, el menor de los descendientes, mozo reidor, francote y enamorado. El rey don Fernando trabó con él íntima amistad que les igualaba.

—¡Aquí no hay rey!—le dijo al principio de su relación.
—¡Aquí no hay más que tú y yo: Augusto y Fernando!...

Huelga decir que la familia de los Benavides se jactaba orgullosamente de la privanza de su hijo, el menor, con el rey de Castilla; la cual zahería más aún el amor propio de los cortesanos, ya de suyo picado con sólo ver, por parte del rey, tan grande distinción para con un mozalbete que si bien pertenecía a la rancia nobleza, no era la suya, principal familia en el reino.

Esto le valió a Augusto de Benavides una infinita serie de rencores y originó, además, abundancia de intrigas contra su persona y aún contra sus deudos.

Mas, en su simplicidad juvenil, ignoraba Augusto tales

rencillas; pues no era capaz de imaginarlas, por no ser capaz de sentir las.

De esta manera transcurría, para él, una época venturosa, encariñándose con el soberano por su sencillez y las muestras de amistad que continuamente le brindaba.

Tenían por costumbre, los buenos amigos, reunirse en días determinados y tras un charloteo alegre y pueril se retaban, como fin de fiesta, para unas partidas de ajedrez, que acababan a hora avanzada.

De esta suerte estábanse, una noche, meditando en el tablero. La partida era dificultosa y les pasaba el tiempo sin darse cuenta.

—Juego—dijo Fernando.

—¡Albricias, amigo! Me has despejado el terreno—contestóle Augusto meditando la jugada.

Hubo otro instante de silencio.

Repentinamente oyóse la voz del amigo, gritando:

—¡Por fin!... ¡Mate al rey!

Quedáronse los dos mirando si la jugada era en verdad definitiva.

—¡Muy tuya!—añadió finalmente el rey Fernando.

—Ya ves: una reunión de simples peones ocasiona la muerte del rey...

El monarca, riendo su propia chirigota dijo:

—¡Me servirá de experiencia! No hay que olvidar nunca ni aun lo más insignificante.

En palacio dieron las dos de la noche, con gran asombro de los contertulios.

—¡Cuán tarde es!—dijo Benavides levantándose presuroso.

El rey acompañó a su amigo hasta los corredores de palacio. Los guardias iban presentando armas al paso de los dos señores.

—Adiós, Fernando.

—Hasta mañana, a la hora de recepción... ¿Irás?—dijo el rey.

—Sin falta.

Augusto de Benavides descendió la escalinata, cruzó el cuarto de guardia, pasó el puente levadizo y emprendió la cuesta de la calle Real.

Palencia dormía en imponente recogimiento. La noche era oscura. Sólo de trecho en trecho chisporroteaban las teas luminarias, aureolando de luz muy reducido espacio.

El joven Augusto, embozado con la capa, andaba donosamente y muy deprisa.

En aquella época eran frecuentes los asaltos sin conseguir evitarlos ni la ronda creada al efecto. Unas veces era pendencia caballeresca entre dos notables, otros de enamoramientos y las más, término de intrigas.

Aquella noche se preparaba sin duda otro, a juzgar por tres embozados que a la vuelta de un callejón aguardaban en actitud agresiva, avizorando cuesta abajo como si vieran en las tinieblas.

—¡Todavía no viene ese condenado!—decía uno de ellos con voz sorda.

—¡Me parece que hemos perdido el tiempo! Acaso no haya salido esta noche—replicaba otro, también quedamente.

—¡Y el frío es riguroso! Estoy helado—añadía un tercero, tiritando.

—Esperemos una tregua más—insistió el que los mandaba.

—Es que llevamos ya media noche de espera, Lope...

—¡Calla, bellaco! Para servir a tu amo no has de medir el tiempo.

—¡Si no lo mido!—replicó apocadamente el mismo.—Era una simple observación; señor...

Callaron los tres embozados, atisbando en la obscuridad.

Don Augusto, contoneándose gallardamente, ascendía la empinada calleja con el paso ligero y rítmico de sus veinte años, sin temor alguno ni preocupación.

Entre los embozados de la callejuela hubo un momento sensacional. Habíanle visto.

Hubo silencio en la calle. Aun la ciudad toda, parecía sentir la sensación de aquel instante siniestro.

Augusto llegaba al punto donde se apostaban los embozados.

De pronto, tres sombras trágicas saltaron en la penumbra y ante sus ojos brillaron tres aceros, recogiendo la luz de un candilón que mal alumbraba a una virgen.

Augusto retrocedió un paso.

—¿Quién va?—gritó, distinguiendo esfumadas siluetas.

Una voz habló:

—Apercibiros para la defensa, sino queréis morir como un can. Al punto también en la negrura de la obscura calleja, brilló el acero del amigo del rey y rápidamente comenzó el ruido siniestro del chocar de los aceros.

Alguien se asomó a una celosía.

Luego, tras breve lucha un grito de muerte cruzó el espacio y oyóse caer un cuerpo. Tres sombras huyeron en el misterio de la obscuridad.

Al apuntar el alba, pocos momentos después, a la ténue luz que iluminaba los altos ventanales, vislumbrábase tendido ante el nicho de la virgen, el cadáver de don Augusto de Benavides.

II

El suceso causó gran sensación en la corte castellana.

Al día siguiente, cuando se reunieron los palaciegos a la hora de audiencia, no se hablaba de otra cosa en las antecámaras, vestíbulos y corredores de palacio, extendiéndose cada cual conforme a sus ideas, en gratuitas conjeturas; si bien todos admitían, desde luego, como causa principal de aquel dramático acontecimiento, una intriga palatina.

Quando el joven monarca tuvo noticia de la inopinada muerte de su buen amigo, sintió dolor muy sincero y propúsose descubrir aquella intriga para castigar con dureza a los causantes.

De esta suerte, fue recibiendo el rey a sus cortesanos, y a todos preguntaba su parecer acerca de lo ocurrido. Citáronse, pues, varios nombres de muy significados personajes; pero el que más se repitió fué el de los hermanos Carvajal.

No obstante, el soberano se resistía a dudar de esos notables que siempre fueron fieles al trono y en distintas ocasiones demostraron, sobradamente, desinterés y generosidad, sobre vivir, entonces, apartados de la vida de Corte por propia voluntad.

Mientras tanto, para descubrir el misterio de ese crimen, don Fernando dictó sentencia contra los que más principalmente le indicaron y siendo muchos, por no decir todos, los cortesanos que brillaban como intrigantes, hubieron de cumplir condena algunos haciendo protesta de inocencia; lo cual aumentaba el furor del rey que ansiaba la confesión del delito.

El rumor de la sospecha que acusaba a los hermanos Carvajal, cundía, en aumento de vez en vez, hasta el extremo de llevar al ánimo del rey la incertidumbre.

Finalmente, para deshechar tales dudas, llámóles a palacio con el propósito de interrogarles y por conocer en sus turbaciones, si las hubiere, o en la ambigüedad incierta de las respuestas, si tal ocurría, la verdad de su directa o indirecta intervención.

Por eso aquella tarde, a deshoras, pisaban las estancias reales los hermanos Carvajal cumplimentando una invitación del rey que más parecía terminante mandato.

Inclinándose, altivos a la par que respetuosamente humildes, los señores de Carvajal penetraron, por fin, en la regia sala donde el rey les aguardaba.

—Bienvenidos, señores—dijo el soberano.—Hoy, como siempre, acudís con encantadora puntualidad a mis llamamientos.

—Ello se explica, señor, puesto que vivimos solamente para serviros.

—Bien sé vuestra fidelidad y aprecio vuestros servicios

en lo que valen. Así os llamo, ahora, confiando en que me haréis, francamente, las más revelaciones acerca del asesinato—que de este modo hemos de calificarlo,—del señor de Benavides, mi amigo devoto.

—Preguntad, señor—dijo don Pedro, sin inmutarse.

—Hánme dicho que ello ha sido merced a una intriga.

—Realmente, así parece ser.

—¿Sabríaís vosotros, por acaso, quién la urdió?

—Difícil nos ha de ser, don Fernando, el dar respuesta cumplida a semejante pregunta, por muy grande que sea nuestro afán por contestarla—siguió diciendo serenamente el mayor de los Carvajal;—pues bien sabéis que desde hace mucho tiempo no frecuentamos con asiduidad la Corte y sí únicamente cuando lo requieren las conveniencias de la corona o los intereses de la nación.

—No obstante, podía haber llegado a vuestro conocimiento, noticia de tales planes.

—En efecto, más no llegó, y esto lo aseguramos empeñando nuestra palabra de caballeros.

—Se han citado nombres muy respetables de los cuales no me he permitido siquiera dudar—añadió el rey despacio pronunciando las palabras y muy intencionadamente.

El rey miró con persistencia, mientras esto decía, a los hidalgos hermanos. Sin duda habían de manifestar emoción en el caso de tener complicidad. De esta suerte no cesaba de mirarles el semblante, ansioso de nerviosas revelaciones.

Pero los hermanos Carvajal, sin turbarse, serenamente, sostenían con respeto la mirada del soberano, esperando que dijera el apellido infamado.

—Repito—continuó el rey,—que es muestra de franqueza, la cual más ha de halagaros que ofenderos...

—En ningún caso pueden molestaros las palabras de nuestro monarca, al que rendimos acatamiento sin igual—repuso don Pedro.

—Pues bien; los más cortesanos a quienes pregunté me han indicado, como probables autores del crimen, los que responden al apellido Carvajal.

El golpe fué de muerte. Irguiéronse altivos y muy ceñudos los dos ilustres hermanos y chispeando en sus ojos la indignación, dijeron al unísono.

—¡Esta es una infamia villana!...

—Perdonad, señores. Así la calificué yo desde el primer momento y así os he dicho antes que iba a daros una prueba más de mi confianza.

Los señores de Carvajal, al oír la excusa, no pudieron por menos que inclinar la cabeza reverenciando a su rey.

Habiales zaherido en lo más íntimo de su personalidad, mas eran extremosamente halagüeñas las palabras reales y esto les sujetaba los primeros impulsos de una gran dignidad ofendida.

Don Fernando prosiguió:

—¿Decís que nada sabéis, ciertamente, acerca de la muerte de mi amigo Benavides?...

—¡Nada!—dijo el menor de los Carvajal.

—Bien me explico vuestra ignorancia, observando esa vida de retiro, casi conventual—repuso el monarca.

—Vida que observaremos de más extremosa manera, puesto que aun con nuestro retraimiento no deja la Corte de molestarnos con sus murmuraciones.

—Lo sentiré por el realce de mis salones que amenguará sin vuestra presencia.

—Nos confundís, señor, con lisonjas—objetaron con donsr reverencia ambos.

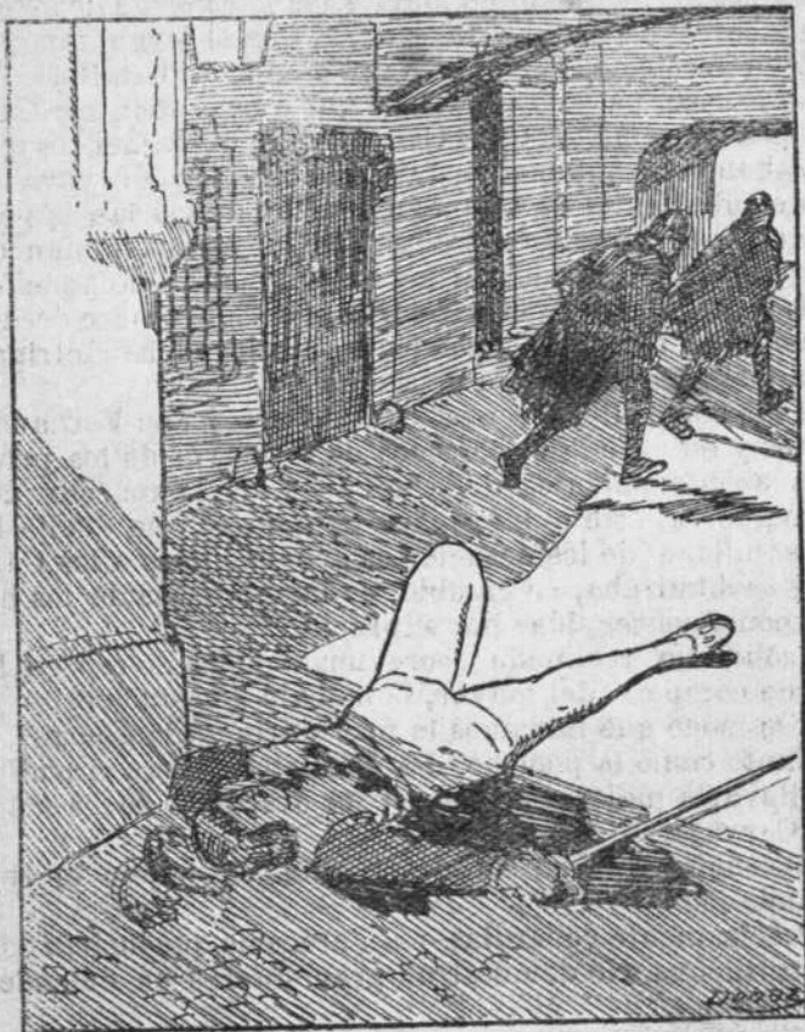
—Justas siempre... Podéis retiraros.

Los hidalgos señores se inclinaron exageradamente y salieron de palacio indignados, hablando con grande acaloramamiento al hallarse solos y libres de indiscretas miradas.

El rey, mientras, quedó meditando, y al fin se dijo:

—Parecen muy nobles caballeros. ¡Indudablemente ha sido una infamia.

FERNANDO IV, EL EMPLAZADO



Tres sombras huyeron en el miseria de la obscuridad

III

A la sazón, luchaban en Martos las huestes de don Fernando y tal se acentuaba la guerra, que el joven rey, ardiendo en heroísmo, partió hacia el campo de batalla.

Hallábanse, entre los notables que guerreaban por Castilla, los dos hermanos Carvajal. El valor y los méritos que alcanzaban constantemente, fueron motivo de odio para los demás combatientes de alta significación que si jamás perdonaran a nadie que sobresaliese a ellos, menos habían de alabar o siquiera reconocer los merecimientos de aquellos rancios hidalgos que en la paz cortesana separáronse desdeñosamente de todos los palaciegos, inspirándoles intrigas como aquella famosa de su acusación.

Así las cosas, llegaba casualmente el rey don Fernando a Martos y enterándose, por boca de su mayor de los principales acontecimientos del combate y de la marcha del plan de guerra, éste le informaba de manera que eludía la responsabilidad de los desaciertos achacándolos a los Carvajal y se admiraba, en cambio de las victorias de los hidalgos como conseguidas por sí propio.

El soberano, reclinado sobre unas pieles de oso en la tienda de campaña del mayor, hablábale de esta suerte:

—¿De modo que llevamos la peor parte en la guerra?

—Tanto como la peor no, don Fernando. Pero sí pudiéramos llevarla mejor a no ser por los descuidos de los señores de Carvajal.

—Descuidos que no serán cobardías...—objetó el rey como dudando.

—Precisamente cobardías, no. Paréceme que luchan con poco entusiasmo. No demuestran gran interés en defender vuestra corona.

—Me extraña de ellos, que siempre fueron esforzados.

El mayor, advirtiendo que acaso extremaba demasiado sus intentos, varió al punto el plan que se había trazado en la conversación y el mayor dijo sagazmente:

—Diríase, don Fernando, que guardan algunos rencores con los más cortesanos, pues coinciden sus descuidos con desgraciados acontecimientos para los tales.

Estas frases, que dijo al azar, sin más intención que la de justificar sus censuras, tuvieron para el rey muy distinto significado. El mayor del campamento ignoraba, como todos, la entrevista que el monarca tuvo con los de Carvajal, hacía poco tiempo, a raíz de la muerte de Augusto de Benavides.

Con tan rara coincidencia, don Fernando tuvo por muy verdadera la información de su primer ayudante y quedóse largo rato pensativo.

—¡Es estupendo!—se decía.—Supieron mentir como bellacos. Este rencor no sofocado todavía, dice poco en favor de su nobleza y mucho en demostración de una hipocresía extraordinaria. Sin duda fueron ellos los que atentaron contra la vida de mi amigo... ¡Pero les va a pesar por el escarmiento que he de hacer con ellos por traidores!...

Esto pensando, el monarca, se había excitado en gran manera y viéndolo así el mayor, tuvo por suya la victoria diplomática librada contra sus rivales, a los cuales suponía ya en total disfavor de la corona. Pero, aun exagerando mucho, no llegó a imaginar la verdadera y muy terrible disposición de ánimo del soberano.

Así, extrañóse sobremanera y aun temió, por si se descubría la intriga, cuando don Fernando le ordenó que mandara a los hermanos Carvajal presentarse ante él inmediatamente.

Cumplióse la voluntad del soberano y al poco rato el mayor mismo con voz no muy segura anunciaba a don Fernando:

—¡Don Pedro y don Juan Carvajal!...

Entraron estos en la tienda con muestras de contento al ver nuevamente a su señor y con la satisfacción de sus modestos triunfos.

Una vez solos los tres, fué don Fernando el primero en hablar:

—Nunca imaginé en vosotros, que tanto blasonáis de honorable alcurnia, tantas villanías.

En este punto los de Carvajal fueron quienes fruncian el ceño, irguiendo la cabeza con retadora altivez y mirando, fijamente, con valentía de hombres intachables, las pupilas reales que brillaban de cólera.

No interrumpieron el discurso del rey, como en espera de que acabase explicando y justificando tamaño agravio.

—Después de haber negado con palabra de caballero, que debiera ser sagrada, vuestra complicidad en la muerte del señor de Benavides...

Aquí con entereza y arrogancia, los dos exclamaron al unísono:

—¡Y lo negamos nuevamente, con exposición de nuestras cabezas!

—¡Sois osados, a fe mía! ¡Mentir por segunda vez!

—¡Advertid, Señor, que nos estáis ofendiendo y nuestra gerarquía nos iguala a vos en este punto!

—¡Os igualara, a ser intachables: pero medid la distancia, que más acrece aún con vuestras muchas traiciones y mi excesiva credulidad!

—¿Abusáis del respeto que os debemos, señor!

—¡Antes habéis vosotros abusado de mi confianza!

—¡Conviene una explicación de semejantes palabras!

—Los reyes no han de dar explicaciones a nadie después de Dios. Mas vosotros tendréis una explicación terminante.

El rey estaba excitadísimo. Levantándose y haciendo una señal al guardia que hallábase a la puerta de la real estancia ordenóle que avisara a los notables para que al punto acudiesen en consejo.

Fueron llegando los guerreros cortesanos, quienes sabían por informe del mayor, el rumbo de los acontecimientos, y agrupábanse todos al otro extremo de la estancia real, dejando completamente aislados a los hidalgos hermanos que miraban a todos con semblante retador.

El monarca tornó a sentarse en el lecho y así habló:

—Oís he reunido, señores, para tomar de vosotros consejo y dar una explicación de mi conducta con los señores de Carvajal, a fin de que la nobleza de Castilla no la tenga por insulto a sus gloriosos y siempre reconocidos prestigios. Trátase todavía de castigar a los que villanamente asesinaron a mi amigo y noble señor de Benavides. Hoy creo haber hallado, definitivamente, a quienes dirigieron la emboscada, no sólo porque los más de vosotros a tiempo oportuno los acusasteis, si que también por haberles interrogado yo mismo acerca de este particular, en otra ocasión, y por haber ellos desmentido con actos de inocencia pretendida con palabras. Los señores, que de tal guisa se han portado, son don Pedro y don Juan de Carvajal.

—¡Falso!—gritaron los hermanos irguiéndose con altiva dignidad.

Hubo rumores afirmativos entre los cortesanos.

El rey, más encolerizado aún por la gallardía de los que él tenía por nobles fementidos, continuó con más enérgico tono:

—Quiero dar un ejemplo de mi justicia para aviso de todos los vasallos y nobles de mi reino, castigando de singular manera y sin complacencias de ninguna índole, la osadía y la traición. Por estas razones, con la aquiescencia de todos vosotros, decreto la muerte de los señores de Carvajal.

Todos los cortesanos prorrumpieron al unísono en voces de aprobación.

Los señores de Carvajal hubieron de esforzarse en contener un reto que les venía a los labios: ¡Cobardes!

Al punto, dos soldados de la guardia sujetaron a los hidalgos hermanos y lleváronlos a una tienda destinada para cárcel de los que en la guerra faltaran a sus deberes. Y salieron cruzando el rostro de sus enemigos con el insulto de la mirada.

Los cortesanos quedaron con el rey comentando con elogio su decisión. Cuantos sintieron envidia del que gozó el favor real, sentían odio por el caído en disfavor y siendo

casi todos los cortesanos, la opinión era contraria a los nobles que les desdeñaron arrogantemente, en tiempos no lejanos.

Así, pues, llevaron el convencimiento absoluto al ánimo del rey de haber procedido esta vez con justicia y talento, repitiéndole que si eran aquellos los cobardes asesinos.

No obstante, algunos sabían ciertamente que en el asesinato de Benavides anduvo la traicionera mano del envidioso tío del rey, el infante don Juan de Castilla.

IV

En aquella época, el castigo de muerte solía aplicarse despeñando al reo desde una altura considerable. De este modo murieron los demás anteriormente condenados, por supuestos autores o coautores del asalto al último favorito del rey.

Así, a la mañana siguiente, apenas apuntando el alba, cuando asomaba el sol en los campos andaluces, rojo y con fulgores de sangre, el rey don Fernando y sus magnates ascendían a una loma peñascosa precediendo a la soldadesca que llevaba a los hidalgos maniatados denigrantemente.

Por fin, ya en el pico más alto y al borde de un abismo que semejaba un mar de peñascos, hizo alto la comitiva disponiéndose para presenciar el espectáculo.

Ya todas las ceremonias se habían completado como era de rigor y procedía el momento culminante, cuando el rey, adelantándose hasta mitad del campo, habló de esta manera:

—Cuéntese doquiera que el rey de Castilla no se detiene por la preocupación de un título cuando se trata de administrar justicia y sirva de ejemplo a aquellos que cualquier vez estuvieren tentados de faltar criminalmente a los respetos que deben a su rey y a su Nación. ¡Cúmplase el castigo impuesto, que es voluntad de Dios!

Los hermanos Carvajal, serenamente, dijeron:

—Dos palabras, señor de Castilla. No es voluntad de Dios este castigo, puesto que es contra toda justicia. Sépase que somos inocentes en absoluto del delito que se nos atribuye. Y para más confirmación, no oponemos excusas de ninguna clase, admitiendo de buen grado la muerte; porque desconfiando de la justicia de la tierra, confiamos en la justicia del cielo. Y así, Fernando IV, rey de Castilla, te emplazamos para comparecer ante el tribunal de Dios, a los treinta días de la fecha de nuestra muerte.

Don Fernando sintióse estremecer de temor religioso al escuchar la voz serena de los reos que le anunciaban la muerte a tan breve plazo. Quedó, al punto, anonadado y apenas podía balbucear las palabras para dictar órdenes...

Mientras tal ocurría, los que hacían vez de verdugos, a la orden del capitán soltaron la cuerda que sujetaba a los nobles señores, quienes cayeron, repentinamente, tras los picachos que orillaban el abismo.

El rey mirólo todo, medroso, con los ojos salientes y con trasudores de angustia. Hubo en la cima del monte un silencio solemne. Tras unos breves segundos, dos gritos rompieron el mutismo del espacio y oyóse el chocar de dos cuerpos contra unas peñas en el fondo de una sima profunda. Los señores de Carvajal habían fenecido.

Toda la nobleza castellana descubrió sus testas y los soldados presentaron armas. El rey hincó una rodilla en tierra y mirando angustiosamente al cielo dijo:

—Señor, sea ésta tu justicia en el mundo.

Después, desconsoladamente como a sí mismo:

—¡Emplazado para dentro de un mes!...

.

Casualmente o providencialmente, lo cierto es, según cuentan las más verídicas historias, que a los pocos días el rey sintióse enfermar en el campamento.

Erase a los veintiocho días de la muerte de los hermanos Carvajal cuando el rey fué presa de horrible delirio, y

en sus excesos, incorporándose en el lecho, gritaba con sollozos:

—¡Perdón, señores de Carvajal! ¡perdón!...

El soberano veía ante sí a los dos hermanos mirándole retadoramente e indicando con el índice de su diestra el cielo, con esperanzas de justicia.

El delirio del rey no cesaba. Una, dos, tres, veinte veces se incorporó horrorizado, salientes los ojos, erizado el cabello y los dedos encojidos en crispación nerviosa.

—¡Perdón, señores de Carvajal!...

Y cumplía el día treinta de la fecha cuando el rey, irguiéndose en el real lecho con gesto ceñudo y ademanes de Dios, dirigióse a los cortesanos que cuidaban de él y les apostrofó severamente.

Después, mirando al ángulo donde se le aparecían los hidalgos despeñados por su voluntad y cruzando las manos sobre el pecho, añadió sollozando:

—¡Perdón, señores!... ¡Clemencia, Señor!

Y cayó rígido. El rey había muerto.





